

## Una Conferencia de Ortega y Gasset en Gijón El hombre y su circunstancia

= De *Crisol* y de *El Sol*. Madrid. =

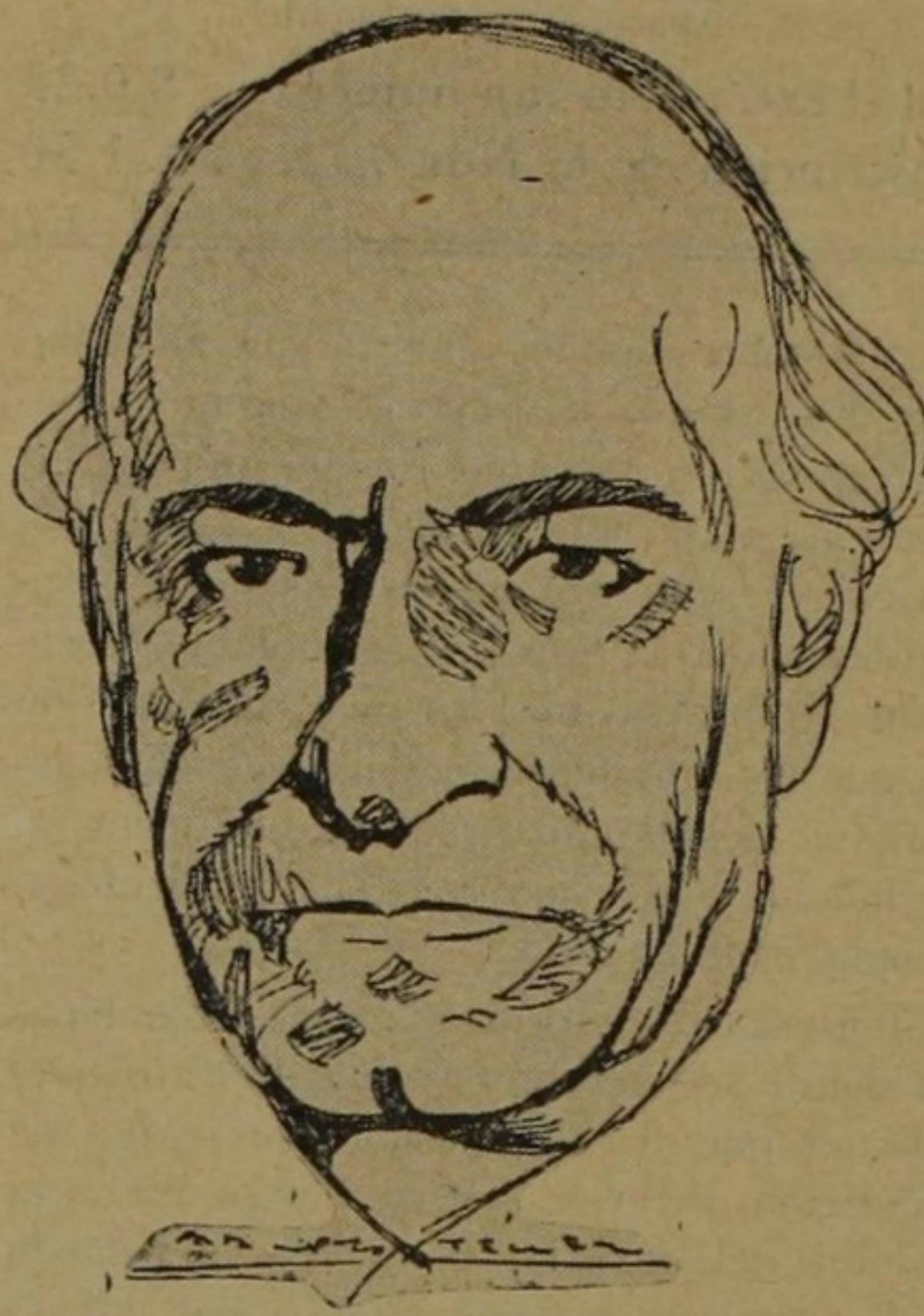
¿De qué hablaremos, amigos, en estos días del aniversario del Ateneo Gijonés? No se puede desconocer que hoy, por vez primera y por fortuna, está preocupada España de política. No se habla de otra cosa de mar a mar y desde Maladetta a Guadix. En unos esta preocupación vaazonada de afán y de esperanza; en otros va lastrada de temor y de angustia. Magnífico. Esto quiere decir que España comienza de verdad a vivir.

Pues díganme ustedes: ¿qué es vida verdadera? Vida verdadera es, en definitiva, el acto de sentir afanes, esperanzas, angustia y temor. De ordinario procuramos enfrentarnos con esos ingredientes que forman el derecho radical y la esperanza presente y decisiva de nuestra vida, o, lo que es igual, nos esforzamos en falsificar la vida, suplantándola con un repertorio ficticio de movimientos inócuos, sin entusiasmo, sin pesadumbre de pena. Por eso el hecho de que hoy todos literalmente, casi todos los españoles vuelvan a vivir esas emociones íntimas y esenciales, significa que, afortunadamente, nuestra raza se ve obligada a no seguir abandonada, resbalando de jornada en jornada como un sonámbula, sino que, no obstante hacer hoy lo que estuvo haciendo ayer, tiene que hincar bien los talones en un punto radical y, quiera o no, decidirse a crear su historia y sufrir el doloroso parto de su propio futuro.

**Falsa división de los días.**—Yo he dicho alguna vez que es falso dividir los días sólo en días de fiesta y días de labor; fiestas y labor son formas espirituales de la vida, y producen sólo jornadas cualesquiera pero hay otra clase de días, menos frecuentes, pero más importantes, en que nos concentramos sobre nosotros mismos como el ejército cuando ataca: ¡la agresión perpetua de la discusión!

Pues bien; decía que en estos días en que concentramos nuestra energía a la manera del ejército cuando se resuelve a dar la batalla, damos una embestida salvadora en el horizonte y abrimos en él un portillo. Son los días en que cada cual traza su vida particular. Vivimos un tiempo de este linaje, y sería un error la monotonía de las jornadas uniformes. En fechas como ésta demuestra un pueblo si tiene de verdad condiciones para serlo en su plenitud o si es una de esas razas que se tumban en la cuneta de la amarga ruta, incapaces de aceptar con entereza y serenidad el terreno que la suerte les pone delante. Entereza, serenidad Yo me permitiría preguntar a ustedes cuál es el síntoma externo y visible de esas cualidades. Un pueblo manifiesta su entereza y serenidad cuando en la hora difícil demuestra con plenitud todas sus facultades igual que en la hora más fácil y favorable.

He aquí, señores, lo que a mi juicio tenemos que exigirnos unos a otros los españoles.



José Ortega y Gasset

Es preciso que la vida vuelva a funcionar; es preciso lanzar a España en grande a una nueva existencia. Un pueblo renace por sí mismo cuando siente como una nueva existencia digna y alegre donde todos tienen su quehacer. De ese quehacer de los ciudadanos laboriosos, inquietos, depende esa unidad que es como el tapiz de un renacimiento histórico. Por lo tanto, que el industrial reanude sus creaciones; que el obrero, sin abandonar la lucha por su mejoramiento, ponga mano en su trabajo; que el intelectual desarrolle su idea. En este hecho está basado lo demás. De ello depende el acierto político, la reivindicación justa, el bienestar futuro. Como he sugerido, lo espero todo de esta preocupación que ahora siente España; pero lo temo todo si esa preocupación se convierte en obsesión y España se paraliza. Por eso yo creí que siguiendo con el ejemplo esta política y pensamiento debo yo ante el Ateneo Gijonés volver a lo que es mi profesión, mi vocación de filosofía, y debemos hacer conjuntamente un estudio filosófico.

Vamos a hablar de un tema radical, el más radical de todos los demás. Vamos a hablar de nuestra vida. En cierta época del arte italiano son frecuentes sus cuadros que se titulan *Santas conversaciones*. En ellos suele haber una Virgen a la cual hacen la tertulia algunas gentes. No obstante el dinamismo del cuadro, estos personajes no se miran ni parecen ocuparse los unos de los otros, sino que cada cual está absorto en sí mismo y se creería que atendiendo a su propia inspiración, a modo que en la música de cámara donde no hay director, el ejecutante se inclina sobre su instrumento esperando que el dios de la armonía, por fidelidad a sí mismo, inspire las melodías de los demás y las una en un acorde excelente. Yo

os pido, pues, que cada cual se encierre dentro de sí mismo y oiga desde ese fondo las palabras que os voy a decir.

**¿Qué es nuestra vida?**—Vamos a hablar de lo que más nos importa; vamos a preguntarnos con urgencia, con perentoriedad: ¿qué es nuestra vida? La respuesta no puede venirnos de la biología. La biología se ocupa de una clase de fenómenos: los orgánicos. Los fenómenos inorgánicos los encontramos dentro de nuestra vida. Lo que entendemos por este vocablo "nuestra vida" es, pues, algo hondo, más profundo, elemental y previo. Es el hecho radical que envuelve y comprende todos los demás hechos; es aquello que es supuesto de todo lo demás. El salvaje no sabe nada de biología, y, sin embargo, ¿quién duda que tiene derecho a hablar de una realidad orgánica y apasionada que él llama "su vida"? No busquemos, pues, a esa pregunta respuestas sabias y particulares, especializadas, cuando se trata de una verdad fundamental. No hay que buscarlas por los rincones, porque entonces es sólo una verdad localizada, parcial, provincial. La verdad básica se encuentra en todas partes, por ejemplo dentro de cada cual. A la primera vista que echamos sobre la vida en este análisis de su esencia pura que vamos a emprender, nos la presentan compuesta por los actos que la van, por decirlo así, amueblando.

Nuestro método va a consistir en ir añadiendo los atributos de nuestra vida en orden tal que de los más extensos retrocedemos hacia los más internos, que de la periferia de vivir nos contraigamos a su centro palpitante.

Y en efecto, lo primero que encontramos es esto: vida es lo que hacemos y lo que nos pasa; es pensar o soñar y conmovernos; pero bien entendido: que nuestra vida es lo que hacemos porque nos damos cuenta de que lo hacemos. Eso nos advierte que el primer atributo que aceptamos de la vida es aquello, por lo cual es muy esencial esta capacidad de darse cuenta. Vida es, en efecto, esa realidad externa y única que tiene de darse cuenta por sí misma, de expresarse por sí misma. Todo vivir es advertirse, sentirse existiendo, saber que se es. Ese saber no implica conocimiento intelectual ni sabiduría especial ninguna, sino que es esa sorprendente presencia que es la vida para cada cual. Sin ese saberse, sin ese darse cuenta, ni el dolor de muelas nos dolería. La piedra no se sabe ni siente que es piedra.

En cambio, vivir es un no contentarse con ser, sino comprender y ver que se es. Es un incesante descubrimiento que hacemos de nosotros mismos y del mundo en derredor. Aquí encontramos la explicación y el título jurídico de ese rasgo progresivo que solemos emplear cuando decimos "nuestra vida es nuestra", porque no se contenta con ser sino que además sabemos que es y al sa-